

XL (26)

Sev 1829

DISCURSO INAUGURAL

QUE EN LA JUNTA GENERAL PÚBLICA
CELEBRADA POR LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE SEVILLA
EN LAS SESIONES DE LOS DIAS 19, 20, 21, 22, 23
DE DICIEMBRE DE 1828,

LEYÓ SU ACTUAL DIRECTOR
EL Sr. D. JOSÉ DE VILLANUEVA Y ARÉVALO,
OIDOR DECANO DE LA REAL AUDIENCIA Y SUBDELEGADO
PRINCIPAL DE POLICÍA DE ESTA PROVINCIA:

EXTRACTO DE LAS ACTAS DE TODO EL AÑO
FORMADO POR SU SECRETARIO

EL LICENCIADO D. ANTONIO NAKARRETE Y SÁNCHEZ,

Y RELACION

DE LOS EXÁMENES QUE SUFRIERON

LOS ALUMNOS DE LOS ESTABLECIMIENTOS DE EDUCACIÓN
QUE DIRIJE LA MISMA SOCIEDAD.



IMPRENTA DE D. JOAQUIN ROSELLÓ.
AÑO DE 1829.

1828

DISCURSO INAUGURAL

QUE EN LA JUNTA GENERAL PÚBLICA
CELEBRADA POR LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE SEVILLA
EN LAS SESIONES DE LOS DIAS 19, 20, 21, 22, 23
DE DICIEMBRE DE 1828,

LEYÓ SU ACTUAL DIRECTOR
EL SR. D. JOSE DE VILLANUEVA Y ARÉVALO,
SEÑOR DECANO DE LA REAL ACADEMIA Y SUBDELEGADO
PRINCIPAL DE POLICÍA DE ESTA PROVINCIA:
EXTRACTO DE LAS ACTAS DE TODO EL AÑO
FORMADO POR SU SECRETARIO

Prima igitur est adolescenti commendatio ad gloriam.

Cic. de Officiis, Lib. 2º

DE LOS EXAMENES QUE SUPERARON



LOS ALUMNOS DE LOS ESTABLECIMIENTOS DE ENSEÑANZA
QUE DIRIGE LA MISMA SOCIEDAD.



IMPRESA DE D. JOAQUÍN ROSALES
AÑO DE 1829.



Cuando en estos dias, consagrados al premio del trabajo y de la virtud por la Sociedad, que tanto se desvela en promover la Educacion, la Agricultura, el Comercio y las Artes, veo que los Sabios, amantes de la prosperidad de esta hermosa parte de la Bética, convencidos de la necesidad de estos actos, los honran con su presencia; que el artesano deja su taller; y el Pueblo ansioso corre para celebrar la juventud, que llena de entusiasmo espera el premio que ha merecido su aplicacion y constancia, se embelusa mi alma, contemplando las virtudes de todos, y mi entendimiento se lisongea con la esperanza alhagüeña y consoladora de una generacion futura, capaz de enjugar el torrente de lágrimas que la impiedad nos hace derramar; de restablecer en su trono el imperio de las virtudes desterradas por la anar-

quía; y de curar para siempre las heridas
 y llagas, que nos causó la revolucion; bor-
 rando hasta las cicatrices, que todavia ro-
 jean á la vista menos penetrante. Sí, ama-
 dos Compañeros, estos son los deseos que ani-
 man vuestro corazon, esta la esperanza de
 todos. Llamais al Pueblo, para que admire
 este plantel de padres de familias que, cria-
 dos en el egercicio del trabajo y de las vir-
 tudes, serán algun dia la verdadera fuerza
 del Estado; este depósito de aguas puras,
 cristalinas y saludables, que con el riego de
 su doctrina han de fertilizar nuestro suelo;
 este fruto de la educacion mas selecta y es-
 merada, en que al paso mismo que nacen
 y crecen las virtudes, se arrancan y destier-
 ran los vicios, haciendo que las pasiones mis-
 mas los destruyan por los medios mas sua-
 ves, sencillos y naturales.

La continua meditacion sobre el estudio
 del corazon del hombre, sobre el modo de
 obrar y desenvolverse las pasiones, sobre el

influjo de las virtudes en la prosperidad de los pueblos; os hizo aprender en la naturaleza estos arcanos; ella os ha enseñado, que el amor de la gloria es el estímulo mas fuerte para animar al trabajo. Este amor, que reduce á cenizas y escombros las mas ricas y florecientes ciudades; que convierte en espantosos desiertos los imperios mas fuertes y formidables, postrándolo todo bajo el corvo alfanje del ambicioso conquistador; que con su aparente brillantez fascinó los ojos de los Griegos mas sabios, obligándolos á que ciegamente dejasen el cultivo de las tierras y el ejercicio de las Artes en manos de los Illiotes, que despreciaban, porque no lo creian compatible con ocupaciones tan bajas y groseras, se abate en el dia hasta enseñar al ínfimo del pueblo el mecanismo mas tosco, siempre que sea útil y necesario para adquirir la riqueza pública; visita las chozas y caseríos mas humildes para derramar en sus habitantes el bálsamo del consuelo, por-

que ya no le conducen la ambicion ni la avaricia, guíenle solamente la templanza y el amor de los hombres: por eso no mata, arruina ni destruye; sino repara, levanta, edifica y ejecuta cuanto conduce para hacer ricos y felices los Estados.

¿Son acaso diferentes los principios que adoptamos para alcanzar la felicidad, que los que enseñaron los Griegos, que tanto ilustraron la política y la moral? será lícito abandonar la senda que nos trazaron Sócrates y Platon, Arístides y Phocion? No, no abandonamos las reglas que nos prescribieron; variamos, sí, en las consecuencias que se deducen de ellas: el tiempo y la experiencia de muchos siglos son la causa verdadera de la diferencia que se advierte. Convenimos, en que las virtudes son la piedra angular de la prosperidad general; que las pasiones son como la arena, que bien mezclada con la cal perpetúa los edificios; cuando usada por sí sola no puede darles sino

una existencia efímera; pero debemos variar necesariamente, cuando señalamos las virtudes que se han de cultivar con preferencia, y las pasiones que pueden y deben auxiliarnos para arrancar y destruir los vicios mas perjudiciales y detestables, dando á las unas y á las otras mayor ó menor estension, segun la diferencia de la Religion que profesamos; segun el estado de cultura y civilizacion de las naciones; segun las mútuas relaciones que deben reinar entre todas. Asi ellos consideraban la pobreza como la primera virtud en el hombre y en el ciudadano; nosotros creemos que destruye los Estados: miraban las riquezas como un principio de ruina y destruccion; nosotros las vemos bajo de otro aspecto mas interesante, porque las consideramos como el fruto del amor al trabajo y de la gloria, que dirigidos por la templanza hace felices y opulentas las naciones. Materia la mas conveniente para tratarse en el dia en que la ju-

ventud presenta sus obras egecutadas por la
 combinacion de estas virtudes, que son las
 fuentes de la riqueza y de la prosperidad.
 Bien penetrados estais de esta verdad, cuan-
 do con el mayor esmero promoveis el tra-
 bajo y plantais las semillas del amor de la
 gloria en los corazones de vuestros alumnos.
 Quisiera examinarla con la detencion que
 necesita materia tan interesante ; pero lleno
 de ocupaciones de otra especie, me falta el
 tiempo para reunir la multitud de pruebas
 que la convencen, sobrándome solo el deseo
 de emplearme en beneficio público y obse-
 quio vuestro. Sí, amados Compañeros, la
 constante esperiencia de la bondad con que
 no solo me colocásteis en este sitio, sino que
 habeis querido permanezca en él; me ani-
 ma para esperar me oiréis disimulando las
 faltas que la premura del tiempo y la mul-
 titud de ocupaciones que me rodean, me han
 hecho cometer. Oidme, pues, Señores be-
 nignamente.

Si en aquellos tiempos, en que la p6breza se consideraba como el primer grado de virtud en el hombre y en el ciudadano, se hubiera propuesto la riqueza, como necesaria para la felicidad de los Estados; la historia de Atenas y de Roma, la de Tyro y de Cartago bastaban para confundir al que osado se atreviese 6 pronunciarlo. Ent6nces la hermosa Tyro y la industriosa Cartago eran reputadas como las corruptoras de las naciones, que contentas antes con las riquezas que la prudente naturaleza reparte en cada clima, vivian dichosas, sin vanidad y sin lujo. La p6rpura brillante y las galanas superfluidades presentadas por los Fenicios y Cartagineses, introdujeron el gusto 6 cosas raras y esquisitas, y poseidas de 6l las gentes llegaron hasta despreciar los bienes s6lidos que poseian. Dueños los Tyrios y Cartagineses por este medio de las riquezas del mundo, solo pensaron en la Navegacion, el Comercio y las Artes; solo tra-

taron de comprar, vender y permutar, reuniendo tesoros inmensos; pero en su mayor opulencia fueron vencidos por las virtudes de Alejandro y de Scipion Africano.

La Grecia tampoco pudo resistir el ejemplo de las demas naciones, á pesar de los esfuerzos con que Sócrates y Platon, Demóstenes y Phocion encomiaron el egercicio de las virtudes combatiendo el amor de las riquezas. Bastó un Pericles para corromper á Atenas: siguieron su ejemplo Lisandro Cleon y Alcibiádes hasta que embriagados con los placeres del lujo fueron dominados por Filipo, en cuyo campo estaban las virtudes desterradas de Atenas.

Roma, la soberbia Roma, que con su frugalidad y pobreza se alzó con el dominio del mundo, fue tambien víctima del poder de las riquezas. Luego que hizo tributarias las demas naciones, cada una por vengarse le entregó sus Dioses, sus costumbres, y los vicios mismos que habian labrado las

cadenas de su vergonzosa esclavitud. De aquí nacieron la retirada de la plebe al Monte Sacro y Aventino, las disensiones de los Gracos, la guerra de los Gladiadores, las civiles, hasta que vencido Antonio en la batalla de Actium, quedó Augusto solo dueño de la libertad de Roma. ¿Y podrémos contestar á egemplos tan palpables? á argumentos tan irresistibles? Ellos, sin duda alguna, fueron bastantes, eran suficientes para que los filósofos y los políticos se decidiesen á sostener con ardor, que las riquezas corrompian los Estados porque desterraban las virtudes, entronizaban los vicios. Por esto las riquezas entónccs eran un objeto estéril de la política: preocupados con los principios, engañados con los egemplos, temieron acercarse á examinar si podian ó no ser útiles, por no caer deslumbrados con su falsa brillantez, y seducidos con su dulzura alhagüeña.

El tiempo y la esperiencia nos han obligado á examinarla: y en el dia, en que la In-

dustria, el Comercio y las Artes son el apoyo mas fuerte de la prosperidad de los pueblos; las riquezas forman el objeto mas interesante de la política. Desde que las naciones se constituyeron en cierta clase de quietud, cesando el vértigo de las revoluciones; desde que el oro lo representa todo y las naciones comerciantes y agricultoras han elevado su trono sobre las guerreras; desde que se ha experimentado que las riquezas corrompen cuando son el fruto de una desoladora conquista, ó de otra inerte adquisicion; pero no cuando son el resultado de un continuo trabajo, de una vida enteramente ocupada, ha sido indispensable que la política se valga de ellas sino quiere que se desplome el Estado. He aquí la diferencia que se nota entre nosotros y los antiguos: Entónces á cada paso se presentaban hombres que conducidos por la soberbia y la ambicion, hacian temblar la tierra, fundando su gloria en destruir sus semejantes.

janites, y apoderándose de sus bienes amontonaban riquezas con los saqueos y devastacion de los pueblos, de las provincias y de los reinos. Se peleaba entónces solamente por la libertad, y sin otra alternativa, que vencer, ó ser esclavos del conquistador; y aunque el amor de la gloria era el ídolo de ámbos, como el uno era falso y aparente, y el otro verdadero, vencía ordinariamente el pueblo mas virtuoso. Asi sucedió en Leuctra, Plateas, Marathon, Salamina y Martinea: asi Leonidas con solos trescientos Lacedemonios detuvo las fuerzas inmensas de Jerjes en las Thermópilas: asi tambien hubieran vencido á Filipo.

Los anales de la Europa nos demuestran lo contrario, el pueblo mas rico vence frecuentemente al mas pobre. Ahora se declara una guerra por tomar un puerto cómodo para el Comercio, por la posesion de una mina, por la pesca del bacalao, por el clavo y la pimienta, en una palabra se pe-

lea por la riqueza, mas bien que por la libertad. ¿Quién temería en el estado presente de la Europa á una nacion que tuviese el principio, las miras y los establecimientos que la República Romana? qué sucedería actualmente á un Estado que como en Esparta desterrase el oro y la plata, prohibiese el Comercio y envileciese las Artes? Conservaria con la pobreza la frugalidad, y con esta la fuerza, la tolerancia en las fatigas, el valor y la severidad y rigidez de costumbres; pero faltándole las riquezas, á pesar de sus virtudes, tendría que sucumbir bajo el yugo del mas rico. Se acabó el tiempo en que con solas dos legiones se declaraba la guerra á una nacion entera; ahora se necesitan ejércitos, y estos de tesoros inmensos. Ya no se decide en un dia de la suerte de un Estado sin haber consumido antes muchos millones en vestuarios, armamentos, monturas, municiones y demas; sin tener almacenes provistos, hospitales plan-

teados y un sin número de preparativos, que se hacen bien con el oro, y con la plata que justamente lo representa todo. Pues si solo las riquezas son las que sostienen esas masas inmensas, que son las verdaderas fuerzas ¿qué extraño es que se considere mas fuerte al que tiene mayor número de soldados disponibles, porque es mas rico? Luego el rico es el mas fuerte: y por eso los políticos hacen tanto caso de las riquezas, que provienen del sudor del artesano, del comerciante, y del labrador; porque ademas de su utilidad, no fomenta la ociosidad, que es la que arruina los pueblos quitándoles las virtudes, son el fruto del trabajo conducido por el amor de la gloria, moderado por la templanza: virtudes indispensables para conservar las Sociedades.

Aunque todas las virtudes merecen cultivarse porque contribuyen á la felicidad de los hombres, como no todas exigen el mismo cuidado y diligencia, es preciso escoger

aquellas que influyan con mas eficacia para conseguirla. De acuerdo con la moral nos enseña la política, que la justicia, la prudencia y el valor que segun su dignidad son las primeras, producen el órden, la paz y la seguridad; pero necesitan el apoyo de la templanza, del amor al trabajo y de la gloria, que son como las bases y auxiliares de todas las virtudes: razon por que en el órden político ocupan siempre el lugar mas preferente. La primera convidándonos á vivir contentos con lo que indispensablemente exige la naturaleza para la conservacion, disminuye y simplifica el número de las necesidades. El amor del trabajo, que es la segunda, impide que la templanza tenga que combatir con la ociosidad, y con el fastidio y enojo que siempre causa la inaccion del alma y del cuerpo, teniendo ámbos en continua ocupacion y repartiendo sobre los placeres mas honestos, una alegria capaz de satisfacernos; templa la imaginacion, suje-

tándola para que no vague buscando nuevas y desconocidas sensaciones. La tercera, que es el amor de la gloria, nos encanta de tal modo que nos hace olvidar hasta la existencia, y comunicando un ardor extraordinario á las dos primeras virtudes las obliga á deponer su natural timidez y arrollan impávidamente el tumulto de las pasiones.

Siendo, pues, el objeto de la política facilitar la práctica de la justicia, de la prudencia y del valor, para conseguir el orden, la paz y la seguridad; debe combatir con preferencia las pasiones que nos impidan ser justos, prudentes y valerosos. ¿Cómo podrá conseguirlo sin la templanza, el amor al trabajo y de la gloria? La primera vence á los enemigos de la justicia, la segunda preside á todos sus actos y deliberaciones, la tercera le anima á ejercitarlos con exactitud, legalidad y pureza, sin que los respetos humanos, ni el temor sean capaces de impedir su marcha magestuosa, el

interés la obstruya, ni las pasiones exaltadas puedan separarle de dar á cada uno lo que es suyo. ¿No será siempre mas prudente el templado laborioso, y amante de la gloria, que el destemplado inerte y lleno de egoísmo? no será aquel mas fuerte que este? Justamente la política las coloca en lugar tan preferente, porque conducen por la mano á las primeras virtudes morales, facilitan su práctica, dándoles el vigor necesario para destruir los vicios, peste de las costumbres, destruccion de los Estados.

Aun por el placer que siente el alma en el ejercicio de estas virtudes puede manifestarse su necesidad, valiéndome con preferencia de la conversacion de Sócrates con Euthidemes que nos conservó Jenofonte como la decisiva para probarlo. ¿Habeis pensado (dice Sócrates hablando de los pleitos) que el desenfreno que solo trata de los placeres, sabrá hacer gustar alguno como éstos en realidad, con templanza y sobriedad que

son las que verdaderamente hacen gustoso el placer? Es propio del divertimento no aguardar el hambre ni la sed, ni los estímulos del amor, ni las fatigas de las vigili-
 as, que son sin embargo las verdaderas disposiciones para comer y beber deliciosamente, y para encontrar un placer exquisito en las proximidades del sueño: este es el motivo porque el desarreglado siente ménos dulzura en las acciones mas precisas, y que se ejecutan con mas frecuencia; pero la templanza, que nos acostumbra á esperar la necesidad, es la que nos hace sentir un placer puro y estremado: esta virtud que pone á los hombres en estado de perfeccionar su cuerpo y su espíritu, de gobernar dichosamente su familia, de servir con utilidad á sus amigos y á su patria, y de vencer los enemigos; lo que no solo es ventajoso á la comun utilidad, sino muy agradable por el contento interior que la acompaña, en lo que no tienen parte las diversiones ilícitas. ¿Qué parte po-

drán tener en las acciones virtuosas aquellos cuyo espíritu está todo ocupado en buscar los placeres presentes? qué diferencia hay entre un irracional y un voluptuoso que no considera lo que es justo y ciegamente sigue lo que es mas agradable? Únicamente pertenece á las personas templadas y laboriosas el buscar cuáles son las cosas mejores, y despues de haber hecho un discernimiento por la esperiencia y la razon, abrazar las buenas y apartarse de las malas. Esto es lo que juntamente hace dichosos, hábiles y virtuosos.

Aun cuando quisiésemos cerrar los ojos para no ver esta luz tan clara y penetrante, aun cuando quisiésemos ciegamente separarnos de la doctrina de Sócrates sobre la templanza y el amor al trabajo; bastaba considerar que los placeres destruyen los principios de la prudencia y de la justicia, sin los que ningun pueblo puede subsistir: bastaba considerar que debilitan el cuerpo en términos que jamas deben esperarse de ciu-

dadanos débiles las fatigas, las vigílias, la paciencia y los trabajos de que depende la salud pública: bastaba que amortiguasen el amor de la patria haciendo reinar el egoísmo. No, no es tan duro el egercicio de la templanza y del trabajo, porque lo suaviza el placer que causa la conservacion de derechos mas preciosos.

La libertad, la seguridad y la propiedad, son tres objetos que con razon exigen de nosotros los sacrificios mas penosos. La historia nos presenta al Griego y al Romano, al Egipcio y al Persa esponiéndolo todo por conservarlos. Nosotros mismos somos testigos de lo que ha pasado en nuestros dias cuando un tirano usurpador quiso privarnos de ellos: abandonamos las casas, los pueblos, las ciudades, las fortunas por conservar la libertad; tomanos las armas para vivir seguros y recobrar la propiedad, y ¿acaso no lo conseguimos todo porque la templanza, el amor del trabajo y el de la gloria nos

animaba? Pues si tanto debemos á objetos tan caros y preciosos, que lo esponemos todo cuando abiertamente se nos quiere despojar de ellos ¿por qué no perseguimos al enemigo mas fiero y solapado? por qué capitulamos con la ociosidad y la inercia? por qué nos dejamos alucinar con sus lisonjeras esperanzas? Ellas son como las palabras de Circe, la voz de las Sirenas, los encantos de Medea: llaman libertad al desenfreno de las pasiones, seguridad y tranquilidad á la impunidad, propiedad á las usurpaciones, y con este lenguaje encantan, alucinan, engañan. No es difícil conocerlos, porque poniendo su felicidad en gozar sin trabajo, nada hacen; pasan el tiempo llamando á las pasiones para que llenen el vacío en que se halla su alma que no puede sufrir el tédio que siempre acompaña á la inercia. Los miembros se debilitan, la salud se acaba, los bienes se disipan; y como han cegado la fuente del trabajo, cambian la propiedad por

cualquier ligero placer en el juego, en la crápula, en la desenvoltura. ¿Vivirá seguro y tranquilo este miserable esclavo de las pasiones todas? lo estarán los demas con él? Justo es que pierda la libertad el que siempre está dispuesto á oprimir la de los demas, sumergiéndolos en una sentina de vicios. Justo era el destierro con que los Romanos castigaban los ociosos, llamándolos el oprobio del mundo, y la ignominia del linaje humano: justas las leyes de los Egipcios, que les quitaban la vida porque violan los derechos mas sagrados: son esclavos de las pasiones, de los placeres, enemigos de la patria, que solo puede existir con el egercicio de la templanza y del amor al trabajo. Si este adquiere las riquezas; aquella las conserva para darles el uso que exigen las necesidades públicas; si quiere aumentarlas en perjuicio de otro, la templanza lo impide; si aquel se escede en el modo, en el tiempo y en las circunstancias, esta lo modera: bas-

tarian las dos solas para hacer que reinase el orden, la paz y la seguridad en los Estados, si depusiesen la timidez con que naturalmente ejecutan sus operaciones: el trabajo por su naturaleza abate, la templanza oscurece; pero el amor de la gloria animando los dos, hace que salgan de la oscuridad y abatimiento.

Asi vemos que, cuando la templanza y el trabajo no salen de los estrechos límites de un taller, donde solo se miran las necesidades de familia, sin otro fin que proveerla de lo necesario; marchan tímidamente por las sendas que les trazaron los maestros: no inventan, no adelantan, y por eso no prosperan las Artes, no aumentan la Industria, no dan acción al Comercio. Está reservado al amor de la gloria el hacer que el trabajo sea la fuente de todas las riquezas, haciendo que el hombre, saliendo fuera de sí, no tema gastos, fatigas ni pérdidas, cuando se trata de la felicidad pública. Para esto le pre-

senta la dignidad de su origen, la estension de su capacidad, la claridad de su razon, la firmeza de su entendimiento, el señorío de su voluntad, la imágen y semejanza de la divinidad, que le hacen capaz de crear é inventar cosas nuevas, y de perfeccionar las antiguas; obligándole todo á trabajar en beneficio público. Encendido este amor, presenta la Agricultura los frutos mas abundantes, copiosos y esquisitos en todos los lugares y en todas las estaciones; las Artes sacan de las entrañas de la tierra los metales, y valiéndose de su ductilidad hacen que sirvan hasta para representarlo todo; se estien- de la navegacion hasta los rios; se forman canales; se construyen palacios y fortalezas; se especula para estraer lo sobrante, trayendo en cambio nuevos frutos, máquinas é invenciones para rivalizar los estrangeros: toda la tierra, en fin, muda de aspecto luego que el amor de la gloria conduce al trabajo.

El amor de la gloria, que antes anidaba

solo en los corazones guerreros, porque se creia que la verdadera gloria consistia en dominar con las armas, llevando á todos los ángulos de la tierra el horror, el espanto y la muerte; ahora anima, como antes, á las almas grandes y generosas aun cuando piensen en la paz: porque el estado del siglo, las relaciones mútuas de las naciones y su cultura, han demostrado que la verdadera gloria consiste en hacer felices los pueblos; que el deseo de distinguirse, hijo primogénito y querido del amor propio, se halla igualmente en los amantes de la paz y de la guerra, en el sabio y en el necio, en el malvado y en el héroe; que bien conducido, produce el amor de la gloria; guiado por el egoismo, la vanidad, la soberbia, la ambicion y la avaricia: por eso lo que en unos es vanidad, en otros es amor á la gloria: dora la carroza del rico, y hace resplandecer la espada del guerrero; mete á Poppea en los baños de leche, y á Lucrecia el puñal en el pe-

cho; hace que Crespo manifieste sus tesoros, y que Mucio Scevola ofrezca su mano al fuego; que Horacio Cocles se arroje del puente Sublicio, y Curcio en la sima; que Cincinato deje el arado para tomar la Dictadura, volviendo á él tranquilo y lleno de placer, porque salvó la patria. Seguramente es el medio mas proporcionado para excitar y mover el alma, con tanta mas fuerza cuanto mayores son los obstáculos que tiene que vencer. ¿Quién será capaz de formar el catálogo de los hombres grandes que han sabido por él sacrificar sus bienes, sus fortunas, sus placeres y su vida? Despues de Cordero ¿cuántos no han sido víctimas de esta opinion generosa? Por eso Sócrates, que conocia muy bien el corazon humano, para excitarle á la virtud, no se contentaba con demostrar que nos hace felices y lleva en sí misma el galardón y recompensa; temia, que mas elocuentes las pasiones, cerrasen los oidos de sus discípulos, para impedir que en-

trase la verdad, ofreciéndoles algun placer presente; y para hacerlos dóciles y atentos les enseñó el amor de la gloria, y salieron de su escuela los hombres mas grandes de Grecia. Es verdad, que este amor reside muchas veces en los corazones mas corrompidos y viciosos, porque se identifica con la vanidad de tal modo, que es difícil conocerla; pero entónces pierde mucho de su dignidad, y se disipa como el humo: asi ha sucedido con la gloria de tantos que parecian nacidos para ser el azote del linaje humano. Es otra la gloria verdadera: pasó el tiempo en que solo se conocian las pasiones por sus efectos, ya se las analiza y examina con los auxilios de una lógica mas sublime, de una luz verdadera. Siendo el amor de Dios y de los hombres las bases del trono sobre que manda la razon, como demostré en otro tiempo en ocasion semejante á esta, las pasiones que nacen y mueren con nosotros deben servir y ayudarnos para practi-

car las virtudes, deben obrar como esclavas de la razon: semejantes son á los venenos, que administrados sabia y oportunamente por la Medicina, se convierten en remedios para las enfermedades que antes se creian incurables; por eso el amor de la gloria, aun cuando el pueblo se halle en el estado mas corrompido, contribuye eficazmente á destruir los vicios, valiéndose de la vanidad y del deseo de distinguirse, que tantos males han causado al mundo. Platon en sus Diálogos no vacila para echar mano de los placeres del amor, con el noble objeto de excitar el valor hasta las acciones mas heróicas; Temístocles y Pausanias lo publicaron al frente de sus ejércitos; los Scithas conquistaron la Siria, conducidos por el deseo de poseerla, porque tenia suntuosos palacios, deliciosos licores, mugeres hermosas y bien adornadas; Ciro presentó á sus ejércitos la abundancia de los Reynos vecinos, las riquezas y placeres que disfrutaban, como pre-

cio del valor y de la conquista: lograron momentáneamente sus deseos, y fueron víctimas de los mismos principios que adoptaron, se valieron de las pasiones para fomentar su gloria, cuando el amor de esta debe siempre gobernar á aquellas.

No, no es el amor de la muger mas hermosa, no la satisfaccion de los placeres, no la posesion de cuanto existe en la tierra lo que causa la felicidad; ¿despues de haberlo disfrutado todo, queda un vacío que solo puede llenarlo la virtud. La templanza, el amor al trabajo y de la gloria, son las virtudes destinadas á tan grande objeto; la envidia, el celo, el orgullo y la vanidad son las únicas pasiones que pueden ayudarnos útilmente: de ellas es preciso valerse con la moderacion que corresponde, haciendo que solo se envidie para imitarle ó escederle al que, como Newton, Franklin y Keplero, contribuya á perfeccionar las ciencias exactas; al que, como Jusien y Linneo, clasi-

fique los árboles, arbustos, plantas y gramas; al que, como Plinio y Buffon, descubra los arcanos de la naturaleza en el reyno animal; á los que hayan hecho descubrimientos útiles á la Agricultura, al Comercio y á las Artes; al que con mas puntualidad y exactitud cumpla con sus deberes; al hombre mas virtuoso. Sea el celo porque se estiendan los conocimientos, ensanchando los veneros de la riqueza pública; el orgullo, para que á nadie cedamos en la diligencia, para aumentar de dia en dia la gloria, el honor, y la prosperidad y riqueza del Reyno; ejecutando los actos con la mayor perfeccion, no permitiendo que entre en nuestros corazones otra vanidad que la de emplear todas las horas, todos los momentos que respiramos en beneficio de los hombres; sin que pase un dia en que al descanso no suceda el trabajo constante, conducido por la gloria, moderada por la templanza; porque son las fuentes de la salud, de las ri-

quezas y de las virtudes; porque arrebatan el tiempo de manos de la ociosidad, del vicio y de las pasiones; porque forman la base de la prosperidad de los Imperios.

Estos son los principios que deben adoptarse para que nos sirvan con utilidad las pasiones, y para que el amor de la gloria consiga de la templanza y del trabajo las ventajas que nos proponemos, procurando no perder de vista que es una virtud sumamente delicada y celosa de sus derechos; la amenaza le irrita, y el temor la apaga en los corazones de todos: no, no es virtud de almas envilecidas, ni de esclavos; solo aspira á la estimacion pública, y la opinion general debe ser el premio. Asi la corona concedida á la victoria, la que se daba en el circo y en el campo no tenian diferencia en su valor real; pero la tenian grandísima en la opinion que señalaba el mérito por que se daban. Esta opinion tan estimada del hombre, que para conservarla sacrifica cuanto

tiene, fué el medio de que tan sabiamente se valieron los Egipcios para impedir los delitos, estableciendo el juicio llamado de los Muertos: Minos, Licurgo, Seleuco, Caronta y Solon mostraron en Creta, en Esparta, en Locri, en Jurio y Atenas los prodigiosos efectos que nacen de la opinion pública bien manejada: los Romanos mismos establecieron los Censores, fundando sus decisiones en la estimacion general. No busca el oro ni la plata el amor de la gloria; pero hace que la templanza y el amor del trabajo lo proporcionen por medio de la Agricultura, del Comercio y de las Artes, que son los verdaderos manantiales de la riqueza pública; que no corrompen los Estados, porque son el fruto de una vida aplicada y laboriosa, que es la que quita el tiempo á las pasiones para entregarla á las virtudes; que estas producen el órden, la paz y la seguridad, y con ellas cuantos bienes pueden prometerse los mortales. Debiéndose to-

do al amor del trabajo, conducido por el amor de la gloria, moderado por la templanza, justamente se dice que son las fuentes de la riqueza y de la prosperidad general.

Permitidme, pues, que concluya con las palabras de Phocion diciendo: «No conoce á los hombres el que quiere escitarlos á acciones grandes de otro modo que por una corona de laurel, ó una estatua; porque se envilece la virtud cuando se le presenta un precio que la avaricia puede apetecer.»

— ¡Ay!

SR.

HE DICHO.